EUGENIO MONTES
(De la Real Academia Española)

CRETA le dio la vida

A la memoria de Nikos Kazantzaki, cretense

¡Al fin! Al fin, en 1946, tras la primer guerra atómica, pude abordar Creta, peregrinación con la que, amarrado al duro banco de don Emeterio, a estribor del caserón de San Bernardo, tanto había soñado en mis mocedades, remadoras de aoristos.

Desembarqué como Teseo, en Herakleion, vulgo Candía, y preguntando por indígenas de tal fuste que ya en el propio puerto me dieron razón:

—¿Dónde está Zeus? ¿Dónde Dionisios? ¿Dónde el rey Minos? ¿Dónde el Greco?

—Al Minotauro lo puedes ver en seguida. El Laberinto está en Cnosos, y Cnosos en 3.500 años no se movió, aunque se haya hundido. Un paseo por la fresca, y a los siete Km. te hallas en la cuna minoica. Para alcanzar la de Zeus, sudarás más. Seis horas a lomo de mulo por los vericuetos del monte Ida. ¿Demandas por Dionisios? Verás sus viñas natales cuando vayas a la casa natal del Greco, a Fódele.

Atrás queda la capital, con su blancura de palomar, como los pueblos de Andalucía. Cal y canto, tal vez de las familias mozárabes que Alhaquem I arrojó de Córdoba cuando el motín arrabalero. Familias que se fueron en bandadas a Alejandría y de allí cayeron sobre esta isla, a comienzos del siglo IX.

Parto hacia el pueblo del Greco. En el flanco de la sierra, de tan rojo, el camino sangra, cual una herida. Sangra, a par de los pámpanos del dios trágico, del beodo de las ménades furiosas, a quien todos temían, menos Platón, que, casi compadeciéndolo, le llama a Dionisios «infantito tierno, niño dulce». Y se lo llama en su testamento hierático, en las «Leyes», que, por cierto, está situado en estos propios parajes, pues es un diálogo cretense.

En contraste con la dionisíaca opulencia de racimos, al otro lado de la carretera todo es pelado, huesudo, espectral. Las vertientes opuestas afirman su tajante contradicción, hasta que, a las tres leguas de andadura, deciden reconciliarse. Acaban uniéndose amorosamente en la punta del Stromboulas, altísima cumbre que corona una ermita. Ermita levantada precisamente por los Theotocópouli. Imagen simbólica, pues en el más afilado de esta estirpe también las laderas opuestas confluyen, y, al confluir, se transcienden. ¿No culmina en el Greco la máxima tensión de la cultura: la tensión entre Oriente y Occidente? Por eso es acósmico, que es la manera monoteísta, cristiana, de concebir lo divino. Dios, coincidencia de contrarios, definió el Cusano con entrevisión sublime.

Colgado de un barranco, el pueblo del sublimante pintor: Fódele. Colgado de un barranco, no diré que como un acróbata sobre el vacío. Diré, mejor, como un ángel sobre la muerte y la vida. Pienso que el Greco sólo podía nacer aquí y así. Sólo podía venir al mundo en un pueblo que está en milagroso equilibrio encima de lo abisal; en un pueblo que no podría menos de caerse si el Todopoderoso no lo tuviese de su mano, sosteniéndolo en vilo desde el cielo, por el humo que sale de los tejados.

El Greco sólo podía nacer aquí y así, en planeado vuelo, aterrizando para, al rozar el suelo con la punta de los pies, subir acielando.

Pueblo de azebuches gigantes, que abrazan las paredes como Niobe a sus hijos. Follaje, acequias, arroyos bajo puentes de madera.

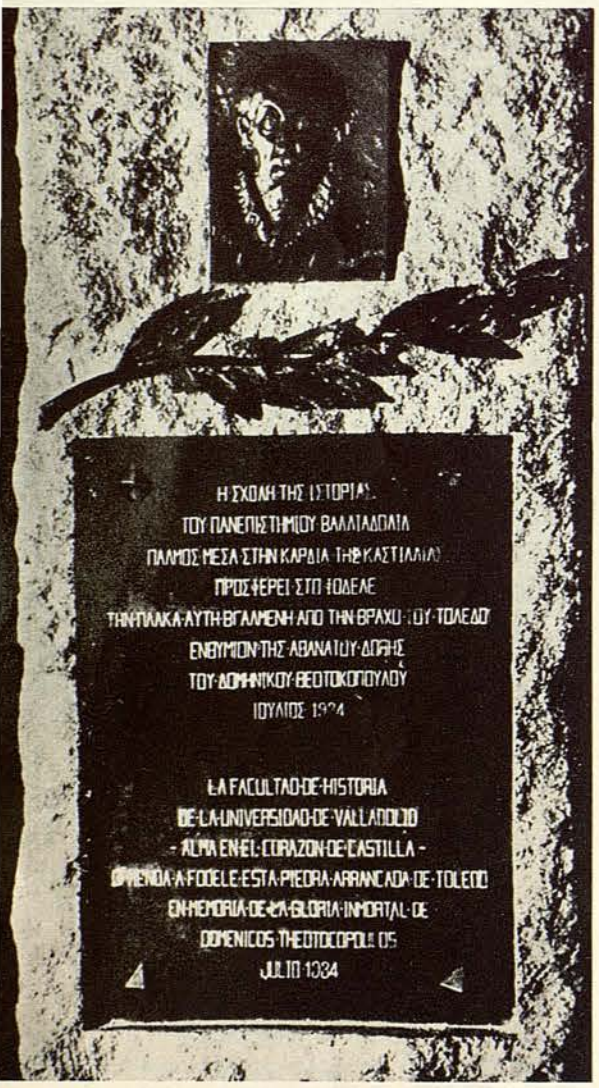
Me encuentro la aldea en plena fiesta mayor. Es día de San Pantaleimon. Cuchillos rabadanes descuartizan cabritos que en ortodoxa hoguera asarán para gula de popes. Un viejo de calzones maragatos apoya el violín en las juntas pantorrillas. Repica el castaño con sus erizos de oro. Mozos de altas polainas y chaleco prieto convidan a mozas que son como la *Dama del armiño* en múltiples ejemplares y en rústica. ¿Brincan las aguas parleras para, con su vivacidad, darle envidia a la lenta, ritual *sardana* del coro campesino? Quizás, ante esa inspiración emuladora, comienza el coro a aligerar el ritmo, que se va haciendo ágil no; frenético, vertiginoso, de modo que los bailarines fingen penetrarse, fundirse unos en otros, confundirse, en giros incandescentes, como encendidos tizones. ¡Ah, Dionisios! ¡Haciendo de las tuyas para que yo recuerde algo que siempre olvidamos! Sí; olvidamos siempre esa vecindad de cunas, ese vínculo de paisanaje entre el Greco y el dios de las vendimias. Parecen dos polos, ¿verdad? Y, sin embargo, Dionisios es místico porque es vitalista y porque quiere unidad sin distinción; y el Greco es dionisíaco porque derrite las

formas a la lumbre de su calor sagrado, al fuego de su exaltación. «Allá se quema las alas, ya no puede subir más.»

Señoreando el pueblo, a distancia noble del caserío, las ruinas de una casa señorial. Los campesinos le llaman *El Archonticon*, o lugar de los arcontes, de los señores. Esta es, según unánime tradición de estos pagos, la solariega mansión de los Theotocópulis, familia patricia bizantina, con timbre propio de heráldica señal, pues un sello trecentista del Museo ateniense proclama pertenecer a la *estirpe Theotopos*.

Constituían un linaje prócer de la propia Bizancio, que, cuando la sangrienta Media Luna vino a guadañar el Imperio Antiguo, prefirió emigrar a quedarse a los pies del Sultán; correr los vientos del Egeo para no ver el Bósforo con turbante; Santa Sofía, humillada. Se despidieron de su patria a la caída de Constantinopla, uno de los días más tristes de la Historia humana.

Una rama de esa desgajada familia arraigó en el jardín de Alcínoo, digo en Corfú, país de los feacios. Otra, prende en



Estela conmemorativa del Greco ofrecida a Fódele por la Universidad de Valladolid, en 1934

esta homérica «isla de las cien polis», conservando siempre muy alto porte, pues un documento veneciano menciona a los Theotocópulis como gente de pro con grandes propiedades en Candía, nombre que entonces designaba a toda Creta.

Vecina a la casa señorial de Fódele, y dependiendo de esa familia, una capilla, con gran atrio, y, en tiempos, gran panteón, donde en un féretro se encontraron restos de terciopelo suntuario y una espada de gentilhombre.

Probablemente, en esta capilla patrimonial, aristocrática, gentilicia sacaron de pila a Domenico un día de 1541. La fecha no es dudosa, ya que se infiere de sus propias declaraciones cuando el pleito de Illescas, dado que entonces, 1606, se confiesa de «hedad de sesenta y cinco años». Pero tampoco me disgusta imaginármelo recibiendo el crisma en la iglesia de Fódele, construida para el pueblo fiel en el siglo XIV, dentro de otra más antigua. Tiene su ábside, su cúpula, sus pilares y sus huellas de pinturas, en una de las cuales medio se adivina un rostro adolescente de estilo copto, o sea tipo Fayum. En cualquier caso, en la iglesia patrimonial o en la parroquial, el Greco fue bautizado en esta pastoril, mitológica y teológica comarca; pero aun si un acta firmada por cinco obispos demostrase que lo habían cristianizado en otra parte, sería igualmente de aquí, porque uno es de donde son los suyos, de la tierra de los antepasados.

Da pena decirle adiós a esta Plaza Mayor tan campesina, tan en forma de corazón, tan entrañable; despedirse de estos algarrobos tiernísimos; darle la última mirada a ese cenobio que por gravitación del cuerpo se despeña en un desgarramiento de susto, y por fuerza de alma se engarabita. ¿Por fuerza? Por memoria, pues quizás el concepto occidental de energía le sea extraño. Por memoria; que su reminiscente sustancia no le deja olvidar el alto origen. Cenobio de San Pantaleimon, donde el afanoso investigador Kyru supone que el Domenicos juvenil aprendiese su gran ciencia teológica y humanística. Gran ciencia espiritual, que lo encumbra mentalmente sobre los pintores del Renacimiento vespertino, como a Leonardo su gran ciencia natural lo encumbró sobre los del Renacimiento en su mediodía. Gran saber, que le da tal eminencia por encima de los demás artistas del manierismo, aunque algunos no eran sólo artesanos; y por encima de los de hoy, que ni artesanos son.

El Greco poseía en sus anaqueles toledanos 27 volúmenes en su ilustre lengua natal: los epos homéricos y las tragedias eurípideas; un Xenofonte (pero éste se lo había regalado Covarrubias); las prédicas de Crisóstomo; las Homilías de Basilio... Pero *su libro de cabecera*, que repasaba en dos diferentes ediciones, no era ninguno de éstos, sino el de las criaturas perfectas, digo de los coros angélicos, o, si queréis, de la *Celeste Hierarquía*, que el medievo le atribuyó al primer ateniense convertido por San Pablo, y los manuales, con expresión torpe e injuriosa, llaman el Pseudo-Dionisio. Parece haber sido escrito hacia el siglo V por un estudioso de Proclo, con tendencia monofísita. Sea de cuando fuere y de quien fuere: para el Greco y para mí, la más reveladora maravilla de la ciencia teológica cristiana.

Ahí aprendió a subir, uno a uno (aunque en su impaciencia querría subirlos, y alguna vez los subió, cuatro a cuatro), los escalones del Empíreo; ahí a distinguir por el toque de rubio en las alas, por el rosado de cisne o el matiz de la nieve, dominaciones de tronos, y serafines de querubes. Sus ángeles son infaliblemente areopagíticos, como sus seres terrestres son luces penumbrosas, chispas con más o menos de ceniza. Luces emanadas de la divinidad plotiniana, a donde siempre se vuelve, y ensombrecidas según la distancia a que estén del retorno a lo eterno. Divinidad plotiniana: fuente luminosa que a sí misma se esclarece y a sí misma se bebe, por lo que nosotros, las criaturas, sólo podemos ser sed. Sed, y quizás gotas salidas fuera de la taza; rocío de praderas uránicas caído tan abajo que, en el transcurso de la caída por *un aire sin aire*, nos hemos resecado en motas de polvo. Pero felizmente hay arco-iris; y hay tempestades, rayos, descargas súbitas de luz suplementaria y gratuita, de luz que, por tan vívida, acaso mata, pero siempre señala el camino de vuelta.

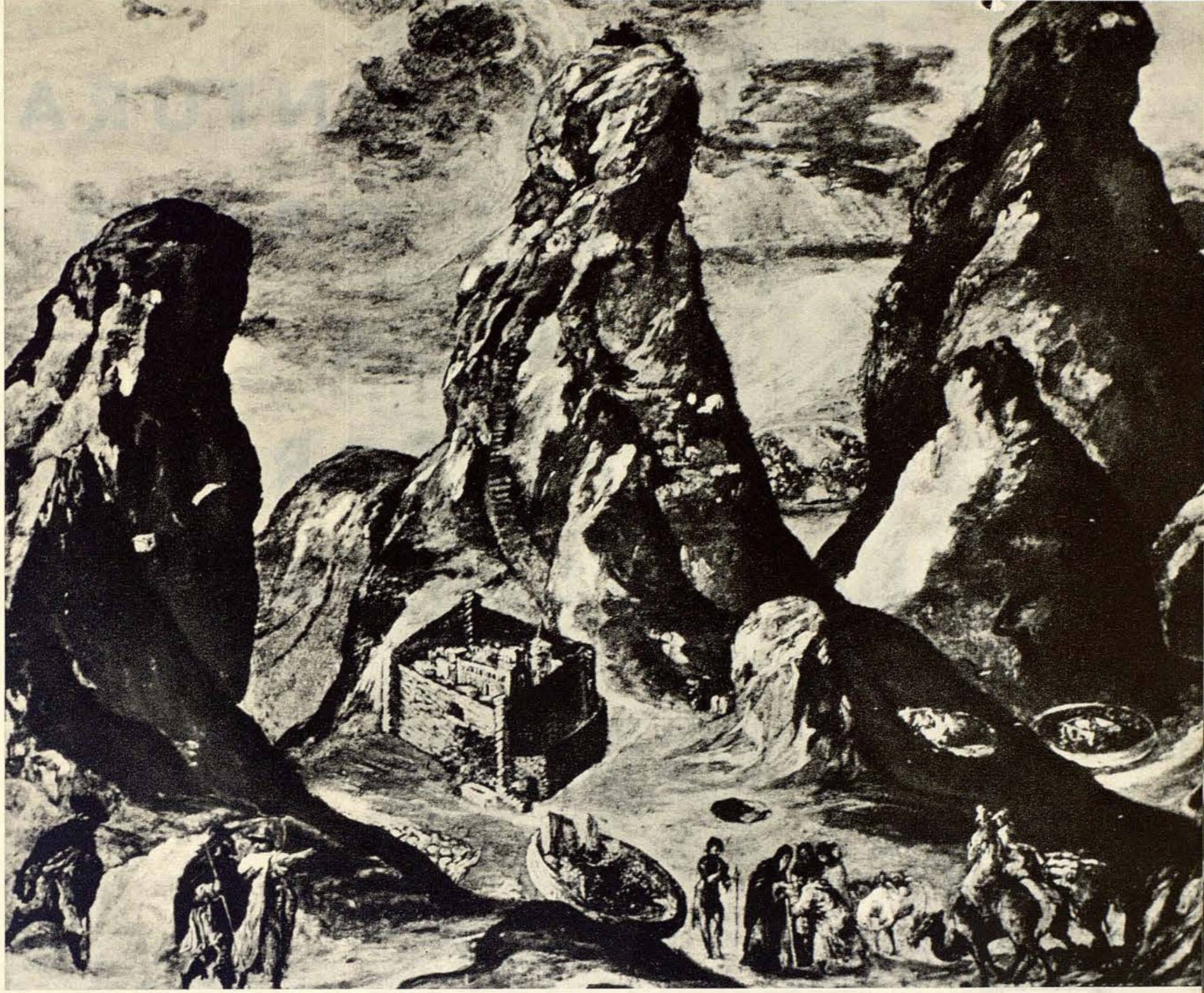
Soma, sema. El cuerpo, tumba, dicen las Enéadas. O el cuerpo, cárcel; y el mundo, caverna, según la imperecedera imagen de Platón. Platónicamente concebía la vida aquel a quien en su taller toledano Pacheco le oyó opinar contra Aristóteles. El mundo, caverna. Desde ella los prisioneros, de cuerpos amontonados y encadenados, proyectan fuera sus sombras, que cuando la tempestad retumba y relampaguea, resultan oscuridad ardiente, penumbras encendidas. Pues bien: eso pinta el neoplatónico Domenicos: nuestros cuerpos apretujándose en la caverna del sentido; nuestras sombras, proyectadas fuera de la gruta cósmica. Sombras que se incendian y arrebatan cuando, enfurecido por no sabemos qué, Dios, de súbito, da en parpadear, y echa chispas. Como ahora.

En el cielo de Fódele frunce el Todopoderoso el ceño, y su colérica dinamita, luminosa y terrible, hace estallar nubes como peñas. En su misterio feroz apedrea el Altísimo tejados, rebaños, oteros, culpables de un pecado, que el día del Juicio Final nos explicará con un puntero. Ni una gota. Ni una gota de lluvia misericorde y tierna. Sólo pedernal y lumbre. Tiemblan los olivos. Se amedrenta el monte. Azufrados por el rayo, mis ojos ven en aquellos que se aplastan contra la puerta de la Iglesia, el renegrido, fosco *Expolio*; en los que se acogen a la balconada municipal, *San Mauricio y la legión tebana*.

Pero en este instante —¿estaré alucinado?— me parece que, además de relampaguear de arriba abajo, también relampaguea de abajo arriba, como en el arte de Theotocópoulos, donde todos los seres tienen traza meteórica, un sorprendido, verdoso, amarillento zig-zag de rayos parados, petrificados.

* * *

Creta equidista de las tres partes del mundo antiguo. Eso constituye su singularidad. Ningún otro lugar del planeta ha recibido del Creador tal privilegio: hallarse a igual distancia de África y Asia que de Europa. Por eso, participa de la civilización egipcia: en cierto modo es la punta de la pirámide faraónica. Yo veo en el thasalócrata de Cnosos «el viejo del mar» de las leyendas del Nilo. Participa de la civilización semítica. Y, en fin, es el centro de la arcaica civilización mediterránea, pues por la Egeida lo minoico toca en Micenas y hasta alcanza al Tartesos monárquico, crotaleante, taurómaco y delgadito de cintura. *El Greco nace*, pues, *en la máxima encrucijada cultural del universo*. Tiene de egipcio el misterio. (Los cuerpos que pinta son jeroglíficos; y coptos me parecen sus rostros, con Fayum en los ojos.) Tiene de semita la inquietud, ese desasosiego que no le deja estarse tranquilo aquí abajo, en la tierra; estarse en paz y dejarnos en paz. Tiene de egeido sus dotes eidéticas y



El Monte Sinai. BUDAPEST

estéticas, sus capacidades intelectuales y artísticas. Aquéllas, no se las podía dar Egipto, pues no fue intelectual; y éstas, no se las podían dar los semitas.

En su flujo y reflujo, el Mediterráneo va del misticismo al clasicismo; del clasicismo al misticismo. Por ser Domenicos de la cretense rosa de los vientos, los extremos lo pasan, repasan y traspasan, y no encuentro erróneo el que Crisanto Lasterra haya hablado, como habló —y con belleza—, de su clasicismo. Para mí lo clásico implica definición, que eso supone referir las cosas a la línea del horizonte; y distinción, que supone un ver poliédrico, unos ojos que, al mirar, recortan, tallan, biselan, esculpen. Los ojos de Theotocópoulos no definen, no biselan, no esculpen: parpadean en la noche oscura del alma, columbrando la mística Pentecostés. Pero aunque de clasicismo apenas tenga un punto, no por ello deja en ningún caso de ser siempre «el Greco», porque el contrapunto místico pertenece a la misma armonía helénica que el punto clásico. La Egeida es un mundo y tanto pertenece al mundo el contrapolo como el polo. Griego que no recuerda a Fidias, pero sí a los alargados dípticos consulares de marfil, y a los mosaicos y pinturas de Bizancio. Pintura bizantina que habrá aprendido en el convento candiota de Santa Catalina y por el manual de Furna, ese texto del Monte Athos algunas de cuyas recetas de taller jamás olvidó, como esa de «toques claros, acercan; oscuros, distancian»; o aquélla de «cuatro colores, para los retratos». Contad los del retrato de su hijo Jorge Manuel: blanco, negro, rojo y ocre.

El convento candiota de Santa Catalina era hijuela del sinaítico del mismo nombre, que Domenicos pintó en el políptico de Módena, y en la lunar, alucinante montaña del cuadro, hoy —digo ayer— en la colección del Barón Hatvany, de Budapest, procedente de la casa romana de Fulvio Orsini, que fue donde los toledanos Chacón y Luis Castilla animaron al Greco a venir a España.

Un palacio a lo Gran Canal y una fontana con alados leones cantan en Herakleion los siglos en que Creta perteneció al Estado Véneto. Durante esos siglos los pintores cretenses pretenden conjugar lo bizantino y lo italiano: síntesis que esforzadamente se intenta en el taller de la iglesia de San Giorgio dei Greci en la ciudad adriática. Allí encuentra Theotocópoulos al Tiziano, pero allí no encuentra, ni podía encontrar, su estilo personalísimo, su genio, porque el gran hallazgo de la pintura veneciana es la perspectiva airosa —que Velázquez llevará a la perspectiva aérea—, la espaciosidad sinfónica, y el Greco no tiene perspectiva, no tiene espacio. Desde un lugar inespacial, sin donde ni aire, desde un lugar ahogado, irrespirable, angustioso, sus personajes suben, jadeando, a la luz increada, incorpórea, de Dios. En la tizianesca «Asunta» de Santa María dei Frari dos cartelas portadas por ángeles nos convidan a pecados veniales, gritándonos: ¡Gozad! ¡Bebed! El amigo del Aretino pinta los rubios racimos de la carne; Domenicos, almas descarnadas. No; no podía encontrarse el espiritual Greco en la sensual maestría del taller de «Ai Biri»; sólo podía encontrarse a sí mismo en la Jerusalén oretana, en el ardor de España en su más ardoroso estío místico.

Un tanto bizantino queda siempre. Basta su ausencia de volumen, su calidad fantasmal a mostrarlo. Bizantino, aunque, con voluntad de Trento, como Pepe Camón precisa. Firma con su nombre en griego y proclamando, no sin orgullo, su insularidad: «cres», cretense. Más aún: su bizantinismo se le acentúa en las últimas obras. Haz de tu vivir un círculo, aconsejaban los pitagóricos de Crotona. «Haz de tu vivir un círculo y serás inmortal.» El Greco se hizo bizantinamente inmortal en la sedienta orilla del Tajo, donde, a su túmulo, Paravicino esculpió en ardiente mármol:

Creta le dio la vida y los pinceles.
Toledo, mejor patria, donde empieza
a lograr, con la muerte, eternidades.

E. M.